



DIÓCESIS DE CARTAGENA

Delegación de Medios de Comunicación Social

Resumen semanal de las intervenciones del Papa Francisco

- Semana del 12 al 19 de diciembre-

Índice:

Día	Celebración	Contenido	Pag
12	Misa Virgen de Guadalupe	“Nuestra Señora de Guadalupe, cuya devoción se extiende desde Alaska a la Patagonia”	2
14	Ángelus	<i>“Con Jesús la alegría es de casa”</i>	5
15	Santa Marta	<i>“La hipocresía negocia todo menos la apariencia”</i>	8
15	Parroquia San José en el Aurelio	“nunca echar de la iglesia a los niños que lloran”	10
15	Santa Marta	<i>“La hipocresía negocia todo menos la apariencia”</i>	12
16	Santa Marta	<i>“la salvación exige un corazón humilde y pobre”</i>	14
17	Audiencia General	<i>“Dios ha querido nacer en una familia humana, que ha formado Él mismo”</i>	16
18	Santa Marta	<i>“Cuando nos equivocamos, Dios corrige la historia”</i>	18
19	Santa Marta	<i>“Dios vuelve nuevas todas las cosas”</i>	20

Viernes 12 de diciembre:

Homilía del Papa en la misa de la Virgen de Guadalupe

Del 12 de diciembre 2014, en la basílica de San Pedro

«Que te alaben, Señor, todos los pueblos. Ten piedad de nosotros y bendícenos; Vuelve, Señor, tus ojos a nosotros. Que conozca la tierra tu bondad y los pueblos tu obra salvadora. Las naciones con júbilo te canten, porque juzgas al mundo con justicia (...)» (Sal 66).

La plegaria del salmista, de súplica de perdón y bendición de pueblos y naciones y, a la vez, de jubilosa alabanza, expresa el sentido espiritual de esta celebración Eucarística. Son los pueblos y naciones de nuestra Patria Grande latinoamericana los que hoy conmemoran con gratitud y alegría la festividad de su “patrona”, Nuestra Señora de Guadalupe, cuya devoción se extiende desde Alaska a la Patagonia. Y con Gabriel Arcángel y santa Isabel hasta nosotros, se eleva nuestra oración filial: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...» (Lc 1,28).

En esta festividad de Nuestra Señora de Guadalupe, haremos memoria agradecida de su visitación y compañía materna; cantaremos con Ella su “magnificat”; y le confiaremos la vida de nuestros pueblos y la misión continental de la Iglesia.

Cuando se apareció a San Juan Diego en el Tepeyac, se presentó como “la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios” (Nican Mopohua); y dio lugar a una nueva visitación.

Corrió premurosa a abrazar también a los nuevos pueblos americanos, en dramática gestación. Fue como una «gran señal aparecida en el cielo... una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies» (Ap 12,1), que asume en sí la simbología cultural y religiosa de los indígenas, y anuncia y dona a su Hijo a los nuevos pueblos de mestizaje desgarrado. Tantos saltaron de gozo y esperanza ante su visita y ante el don de su Hijo y la más perfecta discípula del Señor se convirtió en la «gran misionera que trajo el Evangelio a nuestra América» (Aparecida, 269). El Hijo de María Santísima, Inmaculada encinta, se revela así desde los orígenes de la historia de los nuevos pueblos como “el verdaderísimo Dios por quien se vive”, buena nueva de la dignidad filial de todos sus habitantes. Ya nadie más es siervo sino todos somos hijos de un mismo Padre y hermanos entre nosotros. Y siervos en el siervo.

La Santa Madre de Dios no sólo visitó a estos pueblos sino que quiso quedarse con ellos. Dejó estampada misteriosamente su sagrada imagen en la “tilma” de su mensajero para que la tuviéramos bien presente, convirtiéndose así en símbolo de la alianza de María con estas gentes, a quienes confiere alma y ternura. Por su intercesión, la fe cristiana fue convirtiéndose en el más rico tesoro del alma de los pueblos americanos, cuya perla preciosa es Jesucristo: un patrimonio que se transmite y manifiesta hasta hoy en el bautismo de multitudes de personas, en la fe, esperanza y caridad de muchos, en la

preciosidad de la piedad popular y también en ese ethos de los pueblos que se muestra en la conciencia de dignidad de la persona humana, en la pasión por la justicia, en la solidaridad con los más pobres y sufrientes, en la esperanza a veces contra toda esperanza.

Por eso, nosotros, hoy aquí, podemos continuar alabando a Dios por las maravillas que ha obrado en la vida de los pueblos latinoamericanos. Dios “ha ocultado estas cosas a sabios y entendidos, dándolas a conocer a los pequeños, a los humildes, a los sencillos de corazón” (cf. Mt 11,21).

En las maravillas que ha realizado el Señor en María, Ella reconoce el estilo y el modo de actuar de su Hijo en la historia de la salvación. Trastocando los juicios mundanos, destruyendo los ídolos del poder, de la riqueza, del éxito a todo precio, denunciando la autosuficiencia, la soberbia y los mesianismos secularizados que alejan de Dios, el cántico mariano confiesa que Dios se complace en subvertir las ideologías y jerarquías mundanas.

Enaltece a los humildes, viene en auxilio de los pobres y pequeños, colma de bienes, bendiciones y esperanzas a los que confían en su misericordia de generación en generación, mientras derriba de sus tronos a los ricos, potentes y dominadores.

El “Magnificat” así nos introduce en las “bienaventuranzas”, síntesis y ley primordial del mensaje evangélico. A su luz, hoy nos sentimos movidos a pedir una gracia, la gracia tan cristiana: que el futuro de América Latina sea forjado por los pobres y los que sufren, por los humildes, por los que tienen hambre y sed de justicia, por los compasivos, por los de corazón limpio, por los que trabajan por la paz, por los perseguidos a causa del nombre de Cristo, “porque de ellos es el Reino de los cielos”. Sea la gracia de ser forjados por ellos, a los cuales hoy día el sistema idolátrico de la cultura del descarte los relega a la categoría de esclavos, de objetos de aprovechamiento o simplemente a desperdicio.

Y hacemos esta petición porque América Latina es el continente de la esperanza; porque de ella se esperan nuevos modelos de desarrollo que conjuguen tradición cristiana y progreso civil, justicia y equidad con reconciliación, desarrollo científico y tecnológico con sabiduría humana, sufrimiento fecundo con alegría esperanzadora. Sólo es posible custodiar esa esperanza con grandes dosis de verdad y amor, fundamentos de toda la realidad, motores revolucionarios de auténtica vida nueva.

Pongamos estas realidades y estos deseos en la mesa del altar, como ofrenda agradable a Dios. Suplicando su perdón y confiando en su misericordia, celebramos el sacrificio y victoria pascual de Nuestro Señor Jesucristo.

El es el único Señor, el “libertador” de todas nuestras esclavitudes y miserias derivadas del pecado. Él es la piedra angular de la Historia y fue el gran descartado.

Él nos llama a vivir la verdadera vida, una vida más humana, una convivencia de hijos y hermanos, abiertas ya las puertas de la «nueva tierra y los nuevos cielos» (Ap 21,1).

Suplicamos a la Santísima Virgen María, en su advocación guadalupana –a la Madre de Dios, a la Reina, a la Señora mía, a mi jovencita, a mi pequeña, como la llamó san Juan Diego, y con todos los apelativos cariñosos con los que se dirigen a Ella en la piedad popular–, le suplicamos que continúe acompañando, auxiliando y protegiendo a nuestros pueblos.

Y que conduzca de la mano a todos los hijos que peregrinan en estas tierras al encuentro de su Hijo, Jesucristo, Nuestro Señor, presente en la Iglesia, en su sacramentalidad, y especialmente en la Eucaristía, presente en el tesoro de su Palabra y enseñanzas, presente en el santo pueblo fiel de Dios, en los que sufren y en los humildes de corazón. Y si este programa tan audaz nos asusta o la pusilanimidad mundana nos amenaza, que Ella nos vuelva a hablar al corazón y nos haga sentir su voz de madre, de madrecita, de madraza, ¿Por qué tienes miedo si yo estoy aquí que soy tu madre?

Domingo 14 de diciembre:

Francisco en el ángelus: “*Con Jesús la alegría es de casa*”

El Santo Padre regala a los presentes un librito de oraciones 'para vivir todo el día con Dios'. 'Nunca se oyó de un tanto triste o de una santa con la cara fúnebre'

El santo padre Francisco rezó este domingo de diciembre la oración del ángelus desde la ventana de su estudio en el Palacio Apostólico, que da hacia la plaza de San Pedro, en donde una multitud de varios miles de fieles y peregrinos le aguardaba.

En este III domingo de Adviento se encontraban también en la Plaza, cientos de niños de los 'Centros Oratorios Romanos' para la bendición que en esta fecha el Papa hace de las imágenes del Niño Jesús que irán en los pesebres de sus casas, escuelas, o parroquias.

El Santo Padre además, hizo llegar como regalo a los fieles y peregrinos allí reunidos, de un librito de oraciones, preparado por la Limosnería Apostólica y publicado por la Librería Editora Vaticana. Durante sus palabras de detuvo varias veces para comentar un cartel que un grupo de fieles llevaba: 'Con Jesús la alegría es de casa'.

«Queridos hermanos y hermanas, queridos niños y jóvenes, buenos días.

Desde hace dos semanas el Tiempo de Adviento nos ha invitado a la vigilancia espiritual para preparar el camino al Señor, del Señor que viene. En este tercer domingo la liturgia nos propone otra actitud interior para vivir la espera del Señor, o sea la alegría. La alegría de Jesús, como dice ese cartel, la alegría de Jesús es de casa. O sea que nos propone la alegría del Jesús.

El corazón del hombre desea la alegría, todos nosotros aspiramos a la alegría, Cada familia, cada pueblo aspira a la felicidad. ¿Pero cuál es la alegría que el cristiano está llamado a vivir y testimoniar? Es la que viene de la cercanía de Dios, de su presencia en nuestra vida. Desde que Jesús entró en la historia, con su nacimiento en Belén, la humanidad ha recibido el germen del Reino de Dios, como un terreno que recibe la semilla, promesa de la futura cosecha. ¡No necesitamos buscar en otras partes! Jesús vino a traer la alegría a todos y para siempre.

No se trata de una alegría solamente esperada o desplazada al paraíso, 'aquí en la tierra estamos tristes pero en el paraíso estaremos alegres', no, no es esto. Pero una alegría ya real y que se puede sentir ahora, porque el mismo Jesús es nuestra alegría, es nuestra casa.

Como decía ese cartel vuestro, 'Con Jesús la alegría está en casa', repitamos esto, nuevamente: 'Con Jesús la alegría está en casa', y sin Jesús hay alegría? ¡No! Jesús está vivo, es el resucitado, y opera en nosotros, especialmente con la palabra y los sacramentos.

Todos nosotros bautizados, hijos de la Iglesia, estamos llamados a acoger siempre nuevamente la presencia de Dios en medio de nosotros y a ayudar a los otros a descubrirla, o a redescubrirla si la hubiéramos olvidado. Es una misión bellísima, similar a la de Juan el Bautista: orientar la gente a Cristo --no a nosotros mismos-- porque Él es la meta hacia la cual tiende el corazón del hombre cuando busca la alegría y la felicidad.

Nuevamente san Pablo en la liturgia de hoy nos indica las condiciones para ser “misioneros de la alegría”: rezar con perseverancia, dar siempre gracias a Dios, seguir su Espíritu, buscar el bien y evitar el mal. Si esto será nuestro estilo de vida, entonces la Buena Noticia podrá entrar en tantas casas y ayudar a las personas y familias a descubrir que en Jesús está la salvación. En Él es posible encontrar la paz interior y la fuerza para enfrentar cada día las diversas situaciones de la vida, mismo las más pesadas y difíciles. Nunca se oyó de un tanto triste o de una santa con la cara fúnebre, nunca se ha oído, sería un contrasentido.

El cristiano es una persona que tiene el corazón colmo de paz, porque sabe poner su alegría en el Señor, incluso cuando atraviesa momentos difíciles en la vida.

Tener fe no significa no tener momentos difíciles, pero tener la fuerza de enfrentarlos sabiendo que no estamos solos. Y esta es la Paz que Dios dona a sus hijos.

Con la mirada dirigida a la Navidad que está cerca, la Iglesia nos invita a dar testimonio que Jesús no es un personaje del pasado: Él es la palabra de Dios que hoy sigue iluminando el camino del hombre, sus gestos, los sacramentos, son la manifestación de la ternura, de la consolación y del amor del Padre hacia cada ser humano. La Virgen María 'causa de nuestra alegría' nos vuelva siempre alegres en el Señor, que viene a liberarnos de tantas esclavitudes interiores y exteriores».

El Papa reza la oración del ángelus. Y a continuación dice las siguientes palabras:

«Queridos hermanos y hermanas, me he olvidado como esta frase, veamos: 'Con Jesús la alegría es de casa'. Todos juntos: 'Con Jesús la alegría es de casa',

Saludo a los presentes, familias, grupos parroquiales y asociaciones que han venido aquí desde Roma, de Italia y desde tantas partes del mundo. En particular saludo a los peregrinos de Civitella Casanova, Catania, Gela, Altamura, y a los jóvenes de Frosinone.

Al saludar a los fieles polacos, me uno espiritualmente a sus compatriotas que hoy encienden la 'vela de Navidad', y reiteran el empeño de solidaridad, especialmente en este Año de la Caridad que se celebra en Polonia.

Ahora saludo con cariño a los niños, que han venido para la bendición de los 'Niño Jesús', que organiza el Centro Oratorios Romanos. Felicidades, han sido muy buenos, llenos de alegría aquí en la plaza, felicidades. Y ahora lleven el nacimiento bendecido. Queridos niños, les agradezco vuestra presencia, y les deseo una feliz Navidad. Cuando rezarán en casa, delante del pesebre, les pido se acuerden también de mí, como yo me acuerdo de ustedes.

La oración es la respiración del alma: es importante encontrar momentos durante el día para abrir el corazón a Dios, también con simples y breves oraciones del pueblo cristiano. Por esto he pensado de hacerles hoy un regalo, a todos los que se encuentran aquí en la plaza, una sorpresa, un regalo. Un pequeño librito de bolsillo que recoge algunas oraciones, para los diversos momentos de la jornada y para las diversas situaciones de la vida. Es esto. Algunos voluntarios lo distribuirán. Tomen uno cada uno y llévenlo siempre con ustedes, como ayuda para vivir todo el día con Dios.

No olvidemos ese mensaje tan bello que han traído aquí con el cartel: 'Con la alegría Jesús es de casa'. Y a todos ustedes les deseo un cordialmente una 'buona domenica' y 'buon pranzo'. Y no se olviden, por favor, de rezar por mí. ¡Arrivederci! ¡Y tanta alegría!

Lunes 15 de diciembre:

En Santa Marta: “*La hipocresía negocia todo menos la apariencia*”

En la homilía de este lunes, el Santo Padre invita a pedir al Señor la gracia de sentirnos pecadores. Cristo es la roca y no se negocia

Jesús nos hace misericordiosos hacia la gente, mientras quien tiene el corazón débil porque no está fundado en Jesucristo corre el riesgo de ser rígido en la disciplina exterior, pero hipócrita y oportunista dentro. Así lo ha afirmado el santo padre Francisco esta mañana en la homilía de la misa celebrada en Santa Marta.

Haciendo referencia al Evangelio del día, en el que los jefes de los sacerdotes preguntan a Jesús con qué autoridad hace sus obras. Pregunta que demuestra “el corazón hipócrita” de esta gente, tal y como ha observado el Papa. “A ellos no les interesaba la verdad”, buscaban solo sus intereses e iban “según el viento: ‘conviene ir por aquí, conviene ir por allí...’ eran veletas”, ha explicado. Y ha precisado que tenían un corazón sin consistencia. Y así negociaban todo: “negociaban la libertad interior, negociaban la fe, negociaban la patria, todo, menos las apariencias. A ellos les importaba salir bien en las situaciones”.

Al respecto, el Santo Padre ha advertido que alguno de vosotros podrá decirme: “Pero padre, esta gente era seguidora de la ley: el sábado no caminaban más de cien metros --o no sé cuántos se podían hacer-- nunca, nunca iba a la mesa sin lavarse las manos y hacer las abluciones; pero era gente que seguía la ley, muy segura en sus costumbres”. A lo que el Papa ha respondido: “sí, es verdad, pero en las apariencias. Eran fuertes, pero fuera. Estaban cubiertos. El corazón era muy débil, no sabían en qué creían. Y por esto su vida era, la parte de fuera regulada, pero el corazón iba de un lado a otro: el corazón débil y una piel cubierta, fuerte, dura”.

El papa Francisco ha recordado en su homilía que Jesús nos enseña que “el cristiano debe tener el corazón fuerte, el corazón equilibrado, el corazón que crece sobre la roca, que es Cristo, y después en la forma de caminar, caminar con prudencia”. Y así ha añadido que “no se negocia con el corazón, no se negocia con la roca. La roca es Cristo, no se negocia”.

A propósito, el Pontífice ha afirmado que “este es el drama de la hipocresía de esta gente”. Y Jesús no negociaba --ha explicado-- pero su corazón de Hijo del Padre, estaba muy abierto a la gente, buscando caminos para ayudar.

El Papa ha recordado también cuando “Pío XII nos liberó de esta cruz tan pesada que era el ayuno eucarístico”. Y lo ha explicado así: “pero alguno de vosotros quizá recuerda. No se podía ni siquiera beber una gota de agua. ¡Ni siquiera! Y para lavarse los dientes, se debía hacer de forma que el agua no fuera tragada. Yo mismo de niño fui a confesarme de haber hecho la comunión, porque creía que una gota de agua había ido dentro”.

De este modo, el Santo Padre ha explicado que Pío XII no ha tocado la disciplina de la Iglesia, y “muchos fariseos se escandalizaron” porque “Pío XII hizo como Jesús: ha visto la necesidad de la gente”.

Por eso Jesús denuncia la hipocresía y el oportunismo. El Pontífice ha indicado que “también nuestra vida se puede convertir así, también nuestra vida. Y algunas veces, cuando yo he visto un cristiano, una cristiana así, con el corazón débil, no parado, no equilibrado en la roca --Jesús-- y con mucha rigidez fuera, he pedido al Señor: ‘Pero Señor, tírale una cáscara de plátano delante, para que se resbale, se avergüence de ser pecador y así te encuentre, que Tú eres el Salvador’. Eh, muchas veces un pecado nos hace avergonzarnos tanto y encontrar al Señor, que nos perdona, como estos enfermos que están aquí e iban donde el Señor para ser sanados”.

Pero, el Pontífice ha recordado que la gente sencilla no se equivoca, a pesar de las palabras de estos doctores de la ley, “porque la gente sabía, tenía ese instinto de la fe”.

Al finalizar la homilía, el Papa ha hecho una oración: “Pido al Señor la gracia de que nuestro corazón sea sencillo, luminoso con la verdad que Él nos da, y así podamos ser amables, perdonar, comprensivos con los otros, de corazón grande con la gente, misericordiosos. Nunca condenar, nunca condenar. Si tú tienes ganas de condenar, condénate a ti mismo, que algún motivo tendrás ¿eh?”. Y para concluir ha invitado a pedir al Señor “la gracia de que nos de esta luz interior, que nos convenza de que la roca es solamente Él y no tantas historias que nos hacemos como cosas importantes; y que Él nos diga --¡Él nos diga!-- el camino, Él nos acompañe en el camino, nos ensanche el corazón, para que puedan entrar los problemas de mucha gente y Él nos dé una gracia que esta gente no tenía: la gracia de sentirnos pecadores”.

Lunes 15 de diciembre:

Francisco: “nunca echar de la iglesia a los niños que lloran”

Trascienden las conversaciones del Santo Padre con los grupos de feligreses de una parroquia romana que visitó este domingo

Francisco ha retomado sus visitas pastorales a las parroquias de Roma, este domingo estuvo en la parroquia San José en el Aurelio, en la que ha sido la octava visita a una parroquia de la diócesis. Antes de celebrar la misa, quiso reunirse con distintos grupos de feligreses: los niños de catequesis, la comunidad de gitanos, los enfermos y las familias que han bautizado a sus hijos recientemente. Además, el Papa tuvo ocasión de confesar a algunas personas. A todos y cada uno de los grupos, dedicó unas palabras y algunos consejos.

A los niños de Primera Comunión: recordar siempre ese día en el que Jesús viene a nosotros. A la comunidad gitana: no perder la esperanza en los momentos difíciles. A los enfermos: ser la fuerza en la Iglesia. A las familias con hijos recién bautizados: el llanto del niño es la mejor predicación.

El Santo Padre contó a los más pequeños su experiencia de la Primera Comunión y la Confirmación, que recibió hace 70 años: el 8 de octubre de 1944. Ambos sacramentos el mismo día, les explicó Francisco. “No olvido ese día. Siempre, vosotros que haréis la Primera Comunión, recordad siempre, para toda la vida, ese día: el primer día que Jesús ha venido a nosotros”, indicó. Así, Francisco dijo a los niños que “Él viene, se hace uno con nosotros, se hace nuestro alimento, nuestro alimento para darnos fuerza”. Además, les pidió que no se olviden de los catequistas. “Yo no los he olvidado nunca en mi vida”, afirmó Francisco y les contó que el 17 de octubre de 1987, cuando murió la monja que le preparó para la primera comunión y la confirmación, fue a rezar por ella “porque esa monja me ha acercado a Jesús”.

Finalmente el Santo Padre les animó a que cada año, en el aniversario de la Primera Comunión, vayan a confesarse y a comulgar.

El Obispo de Roma también se reunió con la comunidad de gitanos a quienes deseó “que siempre haya paz en vuestras familias; y haya trabajo y haya felicidad”. Asimismo les invitó a “no perder la esperanza en los momentos difíciles, porque la esperanza no decepciona: la da el Señor”. Y el Señor --prosiguió el Papa-- antes o después nos espera siempre, siempre. Está cerca de nosotros. “Quizá no lo vemos, pero Él está cerca y nos quiere mucho. Confianza en el Señor, esperanza en el Señor e ir adelante con el trabajo”, concluyó Francisco.

Otro grupo que tuvo ocasión de compartir un encuentro con el Santo Padre fueron los enfermos de la parroquia. Francisco les dio las gracias por el testimonio que dan, “testimonio de paciencia, de amor de Dios, de esperanza en el Señor: esto hace mucho bien a la Iglesia”. El Papa aseguró que ellos riegan continuamente a la Iglesia con la

propia vida, con los sufrimientos, con la paciencia. Además, el Santo Padre indicó que “la Iglesia sin enfermos no iría adelante”. Asimismo observó que ellos son “fuerza en el Iglesia, son verdadera fuerza”. Y prosiguió afirmando que “el Señor ha querido visitarlo en esta enfermedad”, e invitó a seguir adelante: “con paciencia, también con alegría. La alegría es la paz que nos da el Señor, con esa paz dentro”. Francisco observó que “aquí, la mayoría somos del siglo pasado... Y así, debemos mirar adelante porque allí nos espera el Señor. Siempre, sí, nos espera”.

Finalmente, el Santo Padre compartió un tiempo con las familias que han bautizado recientemente a los niños. Un niño --indicó Francisco-- dice siempre una palabra de esperanza con su ser. El Obispo de Roma aseguró que “en el niño, en la niña, están nuestras esperanzas. Les damos una antorcha de fe, de vida y ellos la llevarán adelante con sus hijos, sus nietos... Y así es la vida”. De este modo, el Papa invitó a los presentes a preguntar el día en el que fueron bautizados y recordarlo porque “es un día de fiesta”, “es el día que encontramos a Jesús por primera vez”.

Y para finalizar una advertencia: “Los niños lloran, hacen ruido, van de una lado para otro... y a mí me molesta cuando en una iglesia un niño llora y la gente quiere que se vaya fuera. ¡No! ¡Es la mejor predicación! ¡El llanto de un niño es la voz de Dios! ¡Nunca, nunca echarles de la iglesia!”.

Lunes 15 de diciembre:

En Santa Marta: “*La hipocresía negocia todo menos la apariencia*”

En la homilía de este lunes, el Santo Padre invita a pedir al Señor la gracia de sentirnos pecadores. Cristo es la roca y no se negocia

Jesús nos hace misericordiosos hacia la gente, mientras quien tiene el corazón débil porque no está fundado en Jesucristo corre el riesgo de ser rígido en la disciplina exterior, pero hipócrita y oportunista dentro. Así lo ha afirmado el santo padre Francisco esta mañana en la homilía de la misa celebrada en Santa Marta.

Haciendo referencia al Evangelio del día, en el que los jefes de los sacerdotes preguntan a Jesús con qué autoridad hace sus obras. Pregunta que demuestra “el corazón hipócrita” de esta gente, tal y como ha observado el Papa. “A ellos no les interesaba la verdad”, buscaban solo sus intereses e iban “según el viento: ‘conviene ir por aquí, conviene ir por allí...’ eran veletas”, ha explicado. Y ha precisado que tenían un corazón sin consistencia. Y así negociaban todo: “negociaban la libertad interior, negociaban la fe, negociaban la patria, todo, menos las apariencias. A ellos les importaba salir bien en las situaciones”.

Al respecto, el Santo Padre ha advertido que alguno de vosotros podrá decirme: “Pero padre, esta gente era seguidora de la ley: el sábado no caminaban más de cien metros --o no sé cuántos se podían hacer-- nunca, nunca iba a la mesa sin lavarse las manos y hacer las abluciones; pero era gente que seguía la ley, muy segura en sus costumbres”. A lo que el Papa ha respondido: “sí, es verdad, pero en las apariencias. Eran fuertes, pero fuera. Estaban cubiertos. El corazón era muy débil, no sabían en qué creían. Y por esto su vida era, la parte de fuera regulada, pero el corazón iba de un lado a otro: el corazón débil y una piel cubierta, fuerte, dura”.

El papa Francisco ha recordado en su homilía que Jesús nos enseña que “el cristiano debe tener el corazón fuerte, el corazón equilibrado, el corazón que crece sobre la roca, que es Cristo, y después en la forma de caminar, caminar con prudencia”. Y así ha añadido que “no se negocia con el corazón, no se negocia con la roca. La roca es Cristo, no se negocia”.

A propósito, el Pontífice ha afirmado que “este es el drama de la hipocresía de este gente”. Y Jesús no negociaba --ha explicado-- pero su corazón de Hijo del Padre, estaba muy abierto a la gente, buscando caminos para ayudar.

El Papa ha recordado también cuando “Pío XII nos liberó de esta cruz tan pesada que era el ayuno eucarístico”. Y lo ha explicado así: “pero alguno de vosotros quizá recuerda. No se podía ni siquiera beber una gota de agua. ¡Ni siquiera! Y para lavarse los dientes, se debía hacer de forma que el agua no fuera tragada. Yo mismo de niño fui a confesarme de haber hecho la comunión, porque creía que una gota de agua había ido dentro”.

De este modo, el Santo Padre ha explicado que Pío XII no ha tocado la disciplina de la Iglesia, y “muchos fariseos se escandalizaron” porque “Pío XII hizo como Jesús: ha visto la necesidad de la gente”.

Por eso Jesús denuncia la hipocresía y el oportunismo. El Pontífice ha indicado que “también nuestra vida se puede convertir así, también nuestra vida. Y algunas veces, cuando yo he visto un cristiano, una cristiana así, con el corazón débil, no parado, no equilibrado en la roca --Jesús-- y con mucha rigidez fuera, he pedido al Señor: ‘Pero Señor, tírale una cáscara de plátano delante, para que se resbale, se avergüence de ser pecador y así te encuentre, que Tú eres el Salvador’. Eh, muchas veces un pecado nos hace avergonzarnos tanto y encontrar al Señor, que nos perdona, como estos enfermos que están aquí e iban donde el Señor para ser sanados”.

Pero, el Pontífice ha recordado que la gente sencilla no se equivoca, a pesar de las palabras de estos doctores de la ley, “porque la gente sabía, tenía ese instinto de la fe”. Al finalizar la homilía, el Papa ha hecho una oración: “Pido al Señor la gracia de que nuestro corazón sea sencillo, luminoso con la verdad que Él nos da, y así podamos ser amables, perdonar, comprensivos con los otros, de corazón grande con la gente, misericordiosos. Nunca condenar, nunca condenar. Si tú tienes ganas de condenar, condénate a ti mismo, que algún motivo tendrás ¿eh?”. Y para concluir ha invitado a pedir al Señor “la gracia de que nos de esta luz interior, que nos convenza de que la roca es solamente Él y no tantas historias que nos hacemos como cosas importantes; y que Él nos diga --¡Él nos diga!-- el camino, Él nos acompañe en el camino, nos ensanche el corazón, para que puedan entrar los problemas de mucha gente y Él nos dé una gracia que esta gente no tenía: la gracia de sentirnos pecadores”.

Martes 16 de diciembre:

Francisco en Santa Marta: “la salvación exige un corazón humilde y pobre”

En la homilía de este martes, el Santo Padre invita a tener la valentía de confiar en el Señor sin reservas, dándole la 'lista' de los propios pecados

La humanidad salva al hombre a los ojos de Dios, la soberbia lo pierde. La clave está en el corazón. Lo ha afirmado esta mañana el Santo Padre Francisco en la homilía de la misa celebrada en Santa Marta.

De este modo, ha recordado que el corazón del humilde está abierto, acepta una corrección y se fía de Dios. Sin embargo, el del soberbio es al opuesto: arrogante, cerrado, no conoce la vergüenza, es impermeable al corazón de Dios. El Papa ha hecho una reflexión basándose en el pasaje del profeta Sofonías junto con la lectura del Evangelio. Ambos textos, ha indicado Francisco, hablan de un "juicio" del que dependen salvación y condena.

Tal y como ha explicado el Pontífice, el situación descrita por el profeta Sofonías es la de una ciudad rebelde, en la cual aún hay un grupo que se arrepiente de los propios pecados. Esto, ha subrayado el Papa, es el pueblo de Dios que tiene en sí las "tres características" de "humildad, pobreza, confianza en el Señor". Pero en la ciudad están también los que "no han aceptado la corrección, no han confiado en el Señor " y a ellos, ha señalado el Santo Padre, les tocará la condena.

"Estos no pueden recibir la Salvación. Están cerrados a la Salvación. 'Dejare en medio de ti un pueblo humilde y pobre; confiara en el nombre del Señor', para toda la vida. Y esto hasta hoy ¿no? Cuando vemos el santo pueblo de Dios que es humilde, que tiene sus riquezas en la fe en el Señor, en la confianza en el Señor -el pueblo humilde, pobre que confía en el Señor: y estos son salvados y este es el camino de la Iglesia ¿no? Debe ir por este camino, no por el otro camino que no escucha la voz, que no acepta la corrección y no confía en el Señor".

La escena del Evangelio es la del contraste entre los dos hijos enviados por el padre a trabajar a la viña. El primero rechaza pero después se arrepiente y va, el segundo dice sí al padre pero en realidad le engaña. Jesús cuenta esta historia a los jefes del pueblo, afirmando con claridad que son ellos los que no han querido escuchar la voz de Dios a través de Juan y que por esto en el Reino de los Cielos serán superados por publicanos y prostitutas, que en cambio creyeron en Juan. Y el escándalo suscitado por esta última afirmación, ha observado el Papa, es idéntico al de tantos cristianos que se sienten "puros" solo porque van a misa y reciben la comunión. Pero Dios, ha dicho, necesita otra cosa.

"Si tu corazón no es un corazón arrepentido, si no escuchas al Señor, no aceptas la corrección y no confías en Él, tienes un corazón no arrepentido. Pero estos hipócritas que se escandalizan de lo que dice Jesús sobre los publicanos y las prostitutas, pero

después a escondidas van donde ellos o para desahogar sus pasiones o para hacer negocios -pero siempre a escondidas- ¡eran puros! Y a estos el Señor no los quiere". Este juicio "nos da esperanza", ha asegurado Francisco. A condición, ha concluido, de que se tenga la valentía de abrir el corazón a Dios sin reservas, dándole también la "lista" de los propios pecados. Y para explicarlo, el Obispo de Roma ha recordado la historia de aquel santo que pensaba haber dado todo al Señor, con extrema generosidad.

"Escuchaba al Señor, iba siempre según su voluntad, daba al Señor y el Señor: 'Pero tú, aún no me has dado una cosa'. Y el pobre era tan bueno y dice: 'Pero, Señor, ¿qué no te he dado? Te he dado mi vida, trabajo por los pobres, trabajo por la catequesis, trabajo aquí, trabajo allí...'. 'Pero hay algo que aún no me has dado'. -'¿Qué, Señor?'. 'Tus pecados'. Cuando seamos capaces de decir al Señor: 'Señor, estos son mis pecados -no son de ese, de ese otro, son los míos... Son los míos. Tómalos tú y así me salvaré'- cuando seamos capaces de hacer esto nosotros seremos ese hermoso pueblo, 'pueblo humilde y pobre', que confía en el nombre del Señor. El Señor nos conceda esta gracia".

Miércoles 17 de diciembre:

Audiencia general del miércoles 17 de diciembre

El Santo Padre explica en su catequesis que Jesús, María y José nos ayudan a redescubrir la vocación y la misión de la familia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Sínodo de los Obispos sobre la Familia, celebrado recientemente, ha sido la primera etapa de un camino que finalizará el próximo mes de octubre con la celebración de otra Asamblea sobre el tema "*Vocación y misión de la familia en la Iglesia y en el mundo*". La oración y la reflexión que tienen que acompañar este camino involucran a todo el Pueblo de Dios. Quisiera también que las habituales meditaciones de las audiencias de los miércoles formen parte de este camino común. Por lo tanto, he decidido reflexionar con vosotros, en este año, precisamente sobre la familia, sobre este gran don que el Señor ha hecho al mundo desde el principio, cuando confirió a Adán y Eva la misión de multiplicarse y llenar la tierra. Aquel don que Jesús ha confirmado y sellado en su Evangelio.

La cercanía de la Navidad enciende sobre el misterio de la familia una gran luz. La encarnación del Hijo de Dios abre un nuevo inicio en la historia universal del hombre y de la mujer. Y este inicio sucede en el seno de una familia, en Nazaret. Jesús nació en una familia. Él podía venir especularmente, o como un guerrero, un emperador... No, no. Viene como un hijo de familia, en una familia. Por eso es importante mirar en el pesebre esta escena tan bella.

Dios ha querido nacer en una familia humana, que ha formado Él mismo. La ha formado en una aldea remota de la periferia del Imperio Romano. No en Roma, no en una gran ciudad, sino en una periferia casi invisible, de hecho, más bien con mala reputación. Lo recuerdan también los Evangelios, casi como una forma de decir: "De Nazaret, ¿puede salir alguna vez algo bueno?". Quizás, en muchas partes del mundo, nosotros mismos hablamos todavía así, cuando escuchamos el nombre de algún lugar periférico de una gran ciudad. Pues bien, precisamente de allí, de aquella periferia del gran Imperio, ha comenzado la historia más santa y más buena, ¡la de Jesús entre los hombres! Y allí estaba esta familia.

Jesús ha permanecido en esa periferia por treinta años. El evangelista Lucas resume este periodo así: "vivía sujeto a ellos, es decir a María y José. Pero uno dice: ¿pero este Dios que viene a salvarnos ha perdido treinta años, allí, en aquella periferia con mala reputación? ¡Ha perdido treinta años! Y Él ha querido esto. El camino de Jesús estaba en esa familia. La madre conservaba todas estas cosas en su corazón, y Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres". No se habla de milagros o sanaciones, no ha hecho ninguna en aquel tiempo, no se habla de predicaciones, de muchedumbres que acuden; en Nazaret todo parece ocurrir "normalmente", según las costumbres de una pía y laboriosa familia israelí. Se trabajaba, la madre cocinaba, hacía todas las cosas de la casa, planchaba las camisas... Todas las cosas de las madres. El

padre, carpintero, trabajaba, enseñaba al hijo a trabajar. Treinta años. '¡Pero que desperdicio, padre!' Pero nunca se sabe... Los caminos de Dios son misteriosos. ¡Pero lo que era importante allí era la familia! Y eso no era un desperdicio, ¿eh? Eran grandes santos. María, la mujer más santa, inmaculada, y José, el hombre más justo. La familia. Ciertamente estaríamos enternecidos por el relato de cómo Jesús adolescente afrontaba las citas de la comunidad religiosa y los deberes de la vida social; al conocer cómo, cuando era un joven obrero, trabajaba con José; y luego su modo de participar en la escucha de las Escrituras, en la oración de los salmos y en tantas otras costumbres de la vida cotidiana.

Los Evangelios, en su sobriedad, no refieren nada acerca de la adolescencia de Jesús y dejan esta tarea a nuestra afectuosa meditación. El arte, la literatura, la música han recorrida esta vía de la imaginación. Ciertamente, ¡no es difícil imaginar cuánto podrían aprender las madres de los cuidados de María por aquel Hijo! ¡Y cuánto podrían aprovechar los padres del ejemplo de José, hombre justo, que dedicó su vida a sostener y a defender al niño y a la esposa --su familia-- en los momentos difíciles! ¡Y no digamos cuánto podrían ser alentados los jóvenes por Jesús adolescente a comprender la necesidad y la belleza de cultivar su vocación más profunda y de soñar a lo grande! Y Jesús ha cultivado en aquellos treinta años su vocación por la cual el Padre lo ha enviado, ¿no? Dios Padre. Jesús jamás en aquel tiempo se ha desalentado, sino que ha crecido en valentía para seguir adelante con su misión.

Cada familia cristiana --como hicieron María y José-- puede antes que nada acoger a Jesús, escucharlo, hablar con Él, custodiarlo, protegerlo, crecer con Él; y así mejorar el mundo. Hagamos espacio en nuestro corazón y en nuestras jornadas al Señor.

Así hicieron también María y José, y no fue fácil: ¡cuántas dificultades tuvieron que superar! No era una familia de mentira, no era una familia irreal. La familia de Nazaret nos compromete a redescubrir la vocación y la misión de la familia, da toda familia. Y como ocurrió en aquellos treinta años en Nazaret, así puede nos puede suceder también a nosotros: hacer que el amor sea normal y no el odio, hacer que la ayuda mutua sea algo común, no la indiferencia o la enemistad. Entonces, no es casualidad, que "Nazaret" signifique "Aquella que custodia", como María, que --dice el Evangelio-- "conservaba en su corazón todas estas cosas".

Desde entonces, cada vez que hay una familia que custodia este misterio, aunque esté en la periferia del mundo, el misterio del Hijo de Dios, el misterio de Jesús que viene a salvarnos, está actuando. Y viene para salvar al mundo. (Y ésta es la grande misión de la familia, ¿eh? Hacer sitio a Jesús que viene, recibir a Jesús en la familia, en la persona de los hijos, del marido, de la mujer, de los abuelos, porque Jesús está allí. Acogerlo allí, para que crezca espiritualmente en esa familia. Que el Señor nos de esta gracia en estos últimos días antes de Navidad. Gracias.

Jueves 18 de diciembre:

Santa Marta: “Cuando nos equivocamos, Dios corrige la historia”

En la homilía de este jueves, el Santo Padre recuerda que el Señor nos salva en la historia y camina con su pueblo

La historia de Dios con nosotros es siempre historia de salvación. Y debemos fiarnos de Dios también en los momentos oscuros, aun cuando no entendemos. Así lo ha indicado esta mañana el santo padre Francisco esta mañana en la homilía de Santa Marta.

“Dios ha querido salvarnos en la historia”, nuestra salvación “no es una salvación aséptica, de laboratorio”, ha advertido. Por eso, el Papa ha recordado que Dios “ha hecho un camino en la historia con su pueblo”. De este modo, “no hay una salvación sin historia. Y para llegar al punto de hoy ha habido una historia larga, una historia muy larga”, ha afirmado Francisco.

El Papa lo ha explicado de este modo: “y así, paso a paso, se hace la historia. Dios hace la historia, también nosotros hacemos la historia; y cuando nosotros nos equivocamos, Dios corrige la historia y nos lleva adelante, adelante, siempre caminando con nosotros”. Si nosotros no tenemos esto claro --ha indicado el Pontífice-- nunca entenderemos la Navidad. Nunca entenderemos la Encarnación del Verbo.

Y ha añadido: “es todo una historia que camina. ‘Padre, ¿ha terminado esta historia con la Navidad?’ ¡No! Ahora aún el Señor nos salva en la historia. Y camina con su pueblo”.

Así, Francisco ha recordado que en esta historia están los elegidos de Dios, esas personas que Él elige para ayudar a su pueblo a ir adelante, como Abraham, Moisés, Elías. Para ellos “hay algunos momentos difíciles”, “momentos oscuros, momentos incómodos, momentos que molestan”, ha observado el Papa. Personas que quizá quieren vivir tranquilas pero que “el Señor incomoda. ¡El Señor nos incomoda para hacer la historia! Nos hace ir muchas veces sobre caminos que nosotros no queremos”, ha exclamado el Santo Padre.

Por otro lado, Francisco ha recordado que el Evangelio del día habla “de otro momento difícil de la historia de la salvación”, en el que José descubre que su prometida, María, está embarazada. A propósito, el Pontífice ha explicado que “él sufre, ve las mujeres del pueblo chismorreando en el mercado; pero él sufre. ‘¡Pero esta es buena, yo la conozco! Es una mujer de Dios. ¿Pero qué me ha hecho? ¡No es posible!’ Si la acusa, la lapidarán. Pero no quiere, aún si no entiende. Sabe que María es incapaz de ser infiel”. Y de este modo el Papa ha señalado que “en estos momentos difíciles estos elegidos de Dios, para hacer la historia deben cargar el problema a sus espaldas, sin entender”. Así, “el Señor hace la historia”.

Francisco ha proseguido indicando que “así hace José, el hombre que en el momento más feo de su vida, el momento más oscuro, toma sobre sí el problema. Y él se acusa a sí mismo a los ojos de los otros para cubrir a su esposa”. Quizá --ha observado-- algún psicoanalista dirá que este sueño es el condensado de la angustia, que busca una salida... que digan lo que quieran. Pero lo que José hizo después del sueño, tal y como ha recordado el Papa, toma consigo a su esposa. “No entiendo nada, pero el Señor me ha dicho esto y este aparecerá como mi hijo”.

Y así, ha proseguido la homilía indicando que “hacer historia con su pueblo significa para Dios caminar y poner a prueba a sus elegidos”. Pero al final los salva: “recordamos siempre, con confianza, también en los momentos más difíciles, también en los momentos de enfermedad, cuando nos damos cuenta que debemos pedir la extrema unción, porque no hay salida, decir: ‘Pero Señor, ¿la historia no ha comenzado conmigo ni terminará conmigo! Tú ve hacia adelante, yo estoy dispuesto!’” Y así, “ponernos en las manos del Señor”.

A continuación, Francisco ha preguntado qué nos enseñan los elegidos de Dios. “Que Dios camina con nosotros, que Dios hace historia, que Dios nos pone a la prueba, que Dios nos salva en los momentos más difíciles, porque Dios es nuestro Padre. Y según Pablo es nuestro Papá”, ha explicado.

Para finalizar la homilía, el Pontífice ha pedido que “el Señor nos haga entender este misterio de su caminar con su pueblo en la historia, de su poner a prueba a sus elegidos, que toman sobre ellos los dolores, los problemas , también la apariencia de los pecadores --pensemos en Jesús-- para llevar adelante la historia”.

Viernes 19 de diciembre:

Francisco en Santa Marta: “Dios vuelve nuevas todas las cosas”

El Papa en la última homilía de este año en Santa Marta, advierte sobre algunas esterilidades en la Iglesia

Que la Iglesia sea madre, y no una empresa. Es el deseo que formuló el papa Francisco en la misa de Santa Marta, la última de este año, con grupo de fieles y homilía. De este modo, el Pontífice ha hablado de la “nueva creación”, representada por el nacimiento de Jesús, que hace nuevas todas las cosas.

El Papa ha reflexionado en su homilía de las Lecturas del día que narran los nacimientos milagrosos de Sansón y de Juan Bautista. Dos mujeres que de estériles se vuelven fértiles. Francisco ha señalado que en el pueblo de Israel era considerada casi “una maldición el no tener hijos” y ha mencionado que en la Biblia hay muchas mujeres estériles y allí “el Señor hace el milagro”. El Santo Padre ha subrayado que la Iglesia “nos hace ver este símbolo de esterilidad precisamente antes del nacimiento de Jesús, también de una mujer incapaz de tener un hijo por su decisión de permanecer virgen”. Esto --ha señalado el Papa-- es el signo de la humanidad incapaz de dar un paso más. Por tanto, la Iglesia quiere hacernos reflexionar sobre la humanidad estéril.

Y Francisco lo explica así: “de la esterilidad, el Señor es capaz de recomenzar una nueva descendencia, una nueva vida. Y este es el mensaje de hoy. Cuando la humanidad se agota, no puede ir más, viene la gracia y viene el Hijo, y viene la Salvación. Y esa creación agotada deja lugar a la nueva creación...”

Asimismo, ha recordado que “esta ‘segunda’ Creación cuando la Tierra está agotada es el mensaje de hoy”. Francisco ha indicado que nosotros esperamos a Aquel que es “capaz recrear todas las cosas, de volver nuevas las cosas. Esperamos la novedad de Dios”. Y esto es Navidad.

Por otro lado, ha recordado que tanto la mujer de Manoa, madre de Sansón, como Isabel, tendrán hijos gracias a la acción del Espíritu del Señor. El Papa se ha preguntado cuál es el mensaje de estas lecturas: “Abrámonos al Espíritu de Dios. Nosotros solos no podemos. Es Él quien puede hacer las cosas”.

El Pontífice ha señalado en la homilía que esto también le hace pensar en la madre Iglesia, que también tiene muchas esterilidades: “Cuando, por el peso de la esperanza en los mandamientos --ese pelagianismo que todos llevamos en los huesos-- se vuelve estéril. Se cree capaz de dar a luz... no, ¡no puede!” A propósito, el Santo Padre ha reconocido que “la Iglesia es madre, y se hace madre solo cuando se abre a la novedad de Dios, a la fuerza del Espíritu. Cuando se dice a sí misma: ‘Yo hago todo, pero, he terminado, no puedo andar más’, entonces viene el Espíritu”.

Finalmente, el Obispo de Roma ha hecho una reflexión sobre la esterilidad en la Iglesia y la apertura a la fecundidad en la fe. “Y también, hoy es un día para rezar por nuestra madre Iglesia, por tantas esterilidades en el pueblo de Dios. Esterilidad de egoísmos, de poder... cuando la Iglesia cree poder todo, adueñarse de las conciencias de la gente, ir por el camino de los fariseos, de los saduceos, sobre el camino de la hipocresía, eh, la Iglesia es estéril”. Y ante eso el Papa sugiere “rezar”. Esta Navidad --ha proseguido-- también haga a nuestra Iglesia abierta al don de Dios, que se deje sorprender por el Espíritu Santo y sea una Iglesia que haga hijos, una Iglesia madre. “Muchas veces creo que la Iglesia en algunos lugares, más que madre es una emprendedora”, ha advertido el Santo Padre.

“Mirando esta historia de esterilidad del pueblo de Dios y muchas historias en la Historia de la Iglesia que han hecho a la Iglesia estéril --ha concluido Francisco-- pidamos al Señor, hoy, mirando al Pesebre”, la gracia “de la fecundidad de la Iglesia. Que antes de nada, la Iglesia sea madre, como María”.